



**Maurizio Migliori, *Il Disordine ordinato. La filosofia dialettica di Platone*, due volumi, Morcelliana, Brescia 2013, 1484 pp.**

Con una obra *monumental*, con dimensiones que asustan a cualquier editor (y a no pocos lectores), el profesor Maurizio Migliori pretende homenajear a Platón, un filósofo que ha conocido y estudiado por más de 50 años, al mismo tiempo que busca ofrecer una visión de conjunto del pensamiento platónico (*Introduzione*, p. 8).

No es fácil hacer una presentación lo suficientemente completa como para hacer justicia a una obra de este tipo, pero al menos intentaré señalar algunos aspectos de la misma que permitan reconocer sus valiosas aportaciones para quienes estudian la filosofía y para quienes desean una aproximación a Platón rica, estimulante y completa (en la medida de lo posible).

En la extensa introducción, Maurizio Migliori, desde 1991 profesor de filosofía en la Universidad de Macerata (Italia), explica la pretensión «loca» de esta obra (p. 8), sus principales características, y las opciones metodológicas y hermenéuticas adoptadas. Se trata de opciones que, ciertamente, no compartirán muchos estudiosos, pero al menos quedan suficientemente claras desde el inicio. Para el Autor, esas opciones permiten alcanzar una visión de síntesis

del pensamiento platónico, acercarse a su «sistema» (palabra explicada en su riqueza significativa en las pp. 16-18), algo difícilmente asequible a través del uso de otras modalidades de estudio actualmente presentes en muchos ámbitos académicos. Llegar al «sistema» exige, desde luego, el esfuerzo por respetar lo que habría dicho realmente Platón, sin arrastrarlo hacia visiones preconcebidas (p. 22).

Además de explicar otras características de la obra, Migliori señala en la introducción que al inicio de cada capítulo encontramos un resumen (de cierta amplitud) sobre sus contenidos, en orden a facilitar una visión de conjunto de los diferentes argumentos abordados.

Veamos brevemente lo que encontramos en los diferentes capítulos. El primero analiza el tema de la escritura platónica, un tema ampliamente estudiado, de modo especial por quienes pertenecen o están cerca de las propuestas interpretativas de la escuela de Tübinga-Milán. El Autor señala, entre otras ideas, la importancia de individualizar y comprender correctamente los «juegos» y las indicaciones que Platón ofrece para que un lector atento capte el verdadero sentido de algunos textos de especial importancia.

En este contexto, Migliori reafirma una de sus más importantes opciones hermenéuticas: «cada diálogo y todos los Diálogos y el completo conjunto de

Diálogos han de ser comprendidos como protrépticos en el sentido de que constituyen instrumentos de trabajo con los cuales Platón abre camino dentro y hacia su filosofía» (p. 142).

En una de las secciones de este primer capítulo el Autor critica las numerosas y contrapuestas propuestas para establecer dataciones sobre los Diálogos de Platón, por el hecho de basarse frecuentemente en conjeturas, muchas de las cuales subjetivas y sin base en una cronología segura sobre la vida de Platón (de la cual se sabe realmente poco, cf. pp. 143-149).

El capítulo segundo, uno de los más largos, presenta «la filosofía como dialéctica». Para ello divide la materia en dos partes. Una se refiere a lo que podríamos llamar teoría del conocimiento de Platón, con una mirada especial al *Fedón* y a otros textos. Otra está dedicada a la dialéctica platónica, que coincide con su modo de ver lo más propio de la filosofía. Es aquí donde se estudia qué son las ideas y cómo se procede en su conocimiento y clasificación (la famosa metodología de la diéresis), así como otros temas relacionados, como el del error y la falsedad en su conexión con el no ser.

El capítulo tercero, que analiza las relaciones entre el *Filebo* y el *Timeo*, parece romper el orden temático de la obra para centrarse en un asunto para especialistas. En realidad, el Autor defiende que los dos diálogos han de ser leídos en común, lo cual prepara el terreno para la redacción del siguiente capítulo.

Efectivamente, en el capítulo cuarto se estudian conjuntamente la ontología, la «ontogonía» y la cosmología. Es en este capítulo donde se evidencia una «contradicción mortal» del platonismo de Platón, la que lleva a contraponer «una

polaridad de principios situados en terrenos ontológica y axiológicamente opuestos» (p. 496), lo cual explica las dos tendencias que buscan superar tras contradicción: la de Aristóteles y la del neoplatonismo (pp. 496, 703-706, y lo que vuelve a decirse en las conclusiones).

El volumen segundo tiene como subtítulo «del alma a la praxis ética y política», y continúa la numeración de páginas del volumen precedente, para evidenciar que estamos ante una obra unitaria. Inicia directamente con el capítulo quinto, sobre el alma, estudiada por Platón según diversas perspectivas que no responden a un desarrollo de tipo histórico (como si el fundador de la Academia cambiase de propuestas a lo largo de su vida) sino al deseo por mantener abiertos y compatibles diversos modos de comprender la *psyché* humana (pp. 725-727). Además, el capítulo entra en el difícil tema de la inmortalidad del alma, defendida por Platón por motivos éticos y epistemológicos (pp. 727-729).

«La unidad del pensamiento ético y político» es el título del capítulo sexto. Migliori profundiza en el tema de la virtud (la famosa *areté*, una palabra compleja y de difícil traducción) y del placer, hacia el que Platón mantuvo un interés continuo. El capítulo concluye con la mirada puesta en la «vida buena» y la felicidad, que implican una apertura a la existencia tras la muerte y un deseo de seguir a la divinidad, en la medida en que esto sea posible para el hombre.

Lo que aparece como capítulo séptimo agrupa, en realidad, tres apéndices. El primero presenta una biografía de Platón («Una vida dedicada a la filosofía») en sus aspectos principales, desde la familia hasta la fundación de la Aca-

demia, además de considerar cuestiones discutidas, como el del posible plagio por parte de Platón de ideas de Filolao.

El segundo apéndice aborda la difícil cuestión sobre las «doctrinas no escritas», a partir del análisis de algunos de los principales testimonios que tenemos sobre las mismas.

El tercer apéndice vuelve a un tema relacionado con ideas del capítulo primero: cuál sería el camino para elaborar una interpretación correcta sobre un autor estudiado (en este caso, sobre Platón). Lograr tal interpretación exige reconocer los propios puntos de vista, que siguen presentes cuando uno busca entender a Platón y a los lectores de su tiempo; y exige igualmente una justa comprensión de las relaciones existentes entre partes y «enteros» (o todos). De modo especial, Migliori intenta armonizar los métodos de trabajo propios del historiador y del teórico, que necesitan tener siempre presente cada texto en su contexto. A su vez, propone un método que ayude a acercarse de la manera más objetiva posible a los Diálogos (especialmente en pp. 1241-1249).

En el capítulo octavo, dedicado a las conclusiones, Maurizio Migliori presenta la larga síntesis que considera haber alcanzado sobre el pensamiento platónico, desde aquellos temas analizados a lo largo de la obra. En cierto sentido, se trata de una exposición sugestiva y bastante completa de lo que podría ser el «sistema» platónico, una visión de conjunto de sus propuestas, con lo que conservan de valioso y con lo que tienen de criticable.

Entre esas conclusiones, Migliori señala el fracaso de Platón en el uso de la escritura con una intención comunicativa que llegó a ser incomprensible pocas generaciones después de su muerte (pp.

1262-1264). También subraya la importancia del tema del «desorden ordenado»; es decir, del orden que choca con el desorden, en lo cual radica una de las claves de lectura centrales para este estudio, si bien en tal choque se encuadra lo que Migliori considera una polaridad de principios en una tensión ineliminable (pp. 1341-1343). Se llega así a comprender la «contradicción mortal del platonismo» (ya mencionada en el capítulo cuarto, como dije en su momento), que explica el surgimiento de dos interpretaciones radicalmente diferentes: la de Aristóteles y la de Plotino (pp. 1343-1346).

A pesar de las críticas y de la constatación de un «fracaso», también hay que reconocer un «éxito»: nadie como Platón ha estimulado las reflexiones de tantos pensadores de todos los tiempos («escépticos y dogmáticos, metafísicos y científicos, filósofos y literatos»); por eso es oportuno recordar que Occidente le debe muchísimo (p. 1266).

Migliori es consciente de que la tarea de sus investigaciones no ha terminado y de que no tiene fuerzas para ir más a fondo en el estudio de los Diálogos a la luz de las doctrinas no escritas de Platón, si bien espera emprender trabajos particulares en vistas a mostrar la fecundidad de la perspectiva defendida (cf. pp. 1252, 1347).

Las últimas páginas del segundo volumen ofrecen dos bibliografías: una con la larga lista de obras citadas y usadas, y otra con las referencias a las publicaciones de Migliori sobre Platón. Encontramos luego cuatro índices: uno de textos platónicos, otro de textos de otros autores antiguos, otro de nombres de autores antiguos, y otro de autores modernos.

Desde luego, no resulta fácil hacer una valoración global de una obra tan ex-

tensa. Quizá bastaría con señalar cómo un estudio como el de Maurizio Migliori se convierte en un punto de referencia no sólo a la hora de aprender a leer e interpretar los textos de Platón, sino como auténtico vademécum de aquellas aportaciones más importantes para la filosofía universal del fundador de la Academia.

**Fernando Pascual, L.C.**

**Francesco Brancato, *Teologia e arti visive. Per una prospettiva antropologica*, San Paolo, Milano 2015, 200 pp.**

Lungi dal formalismo e dal linguaggio asettico si configura passionale il libro di Francesco Brancato *Teologia e arti visive*, edito da San Paolo. L'autore, docente di teologia dogmatica, consapevole della insufficienza esegetica della teologia nell'indagine dell'enigma della natura, sente l'urgenza di ricorrere all'interpretazione della scienza e della filosofia, della letteratura e dell'arte per penetrare l'abisso esistenziale con accanto le intelligenze della storia e della modernità. Un libro innovativo, fremente di tensioni, domande, attese, dischiuso all'incontro di idee e sentimenti, partecipe della dialettica e del dialogo tra concezioni diverse, ansioso di pervenire alla verità che ha il suo fondamento nell'essere dell'uomo. Significativo, pertanto, il sottotitolo: *Per una prospettiva antropologica*. Chiave di lettura che introduce nella complessità della natura privilegiando l'aspetto immaginativo, cioè la capacità dell'arte di percepire e vedere nei recessi dell'io quanto non percepisce la ragione geometrica, né lo sguardo fisico vede.

Per meglio capire l'uomo senza preclusioni Brancato si rivolge a intellettuali e

artisti. Si lascia sorprendere dall'intuizione creativa, dalle opere di pittori e scultori che esplicitano un sentire spirituale, ora drammatico ora mistico, in cerca di Dio, oppure mentre ne contemplano il volto. Si rende conto che l'opera d'arte, contrariamente alla vulgata scolastica, non è illustrazione di tesi altrui con valore didascalico, ma svelamento di un pensiero fatto di carne che documenta la realtà e sogna la sua trascendenza. Giotto, Michelangelo, Caravaggio non sono meri esecutori della committenza. Nella loro forma palpita il genio che indaga con ardimento il mistero dell'uomo in rapporto al cosmo e alla fede. Sono essi esegeti della rivelazione in termini non simbolici, ma espressivi della *condizione umana* nel presente, sollecitata dal suo stesso limite a dischiudersi all'infinito.

Con rigorosa articolazione e avvincente ritmo il libro si sviluppa in quattro capitoli lungo l'iter di un'antropologia che ha l'alfa e l'omega in Cristo, evidenziando così il suo rapporto con Teilhard de Chardin. Costituisce problematicamente la centralità dello studio l'uomo *fatto di labile materia, di misterioso tempo*, come scrive J. L. Borges; che appare, come afferma E. Zolla, *un'enorme palude* per rivelarsi, secondo K. Wojtyła, *in tutto un'orma di Dio, del suo Essere, della sua plenitudine*.

Si tesse di riflessioni scientifiche e filosofiche *Teologia e arti visive* con rimandi agli investigatori dell'evoluzionismo e del creazionismo, del fenomeno umano, allo scontro di opinioni e alle convergenze, allo sconcerto delle tragedie e all'aspirazione a un universo di pace. Mira alla complessità della visione per cui è fondante l'interdisciplinarietà che, rifuggendo da sicumere positiviste o metafisiche, consente di entrare nel segreto della coscienza che si interroga e che spinge la mente a oltrepassa-

re se stessa. Non l'uomo astratto, iperuranico, ma posto dentro il creato e al cospetto del Creatore è il soggetto di Brancato, il quale ne scopre l'angoscianta grandezza non solo nelle pagine bibliche, ma anche nei trattati di cosmologi, geologi e paleontologi nei testi di scrittori e lirici. È fuori dalla norma che un teologo ami farsi sedurre da Baudelaire, Rilke, Ungaretti, da Proust, Ortega y Gasset, Simone Weil. Li sceglie come maestri Brancato. Per cui avanza nell'indagine più che con fredda acribia con il pascaliano *esprit de finesse*, proprio della ragione visionaria. Di questa forma si struttura il suo volume, della penetrante intuizione della poesia e dell'incanto dell'arte, esplicitato nei dipinti e nelle sculture che da secoli accompagnano la ricerca della verità e l'incontro con Colui che nel cosmo appare luce.

Non è un orpello del saggio la citazione continua di tanti artisti e delle loro opere. Esprime piuttosto la consapevolezza di un pensiero di fede inscritto nei manufatti con una semantica ardimentosa che precede, spesso di decenni, l'affermazione dei teologi. Brancato fa suo quanto Kandinskij scrive dell'arte: *è un linguaggio che parla all'anima con parole proprie, di cose che per l'anima sono il pane quotidiano e che solo così può ricevere. Se l'arte si sottrae a questo compito rimane un vuoto, perché nessun'altra forza può sostituirla.*

Nella storia della Chiesa il *pane quotidiano* dell'arte alimenta il popolo di Dio. Basti ricordare l'opera di Masaccio, Memling, Tiziano, Zurbaran, Delacroix; della moltitudine di artisti, amati dai fedeli, ai quali con intensità trasmettono, nel bailamme dell'esistenza, la gioia della fede. Sono evangelizzatori gli artisti con linguaggi rispondenti alla cultura del tempo e alle sensibilità sociali. Fin tanto che la chiesa ha creduto

nel senso dell'arte gli spazi sacri si sono rivelati plasticamente *sacramento di bellezza* offrendo immagini che ritraggono, nonostante i calvari, la certezza di *cieli nuovi e terra nuova*. La frattura operatasi tra arte e chiesa, a fine settecento, ha prodotto cancrene che sembra impossibile sanare per assenza di apertura.

Sebbene il Concilio Vaticano II avvii un nuovo corso, questo stenta a procedere. Manca il dialogo fra le parti. Deputato ad amministrare la bellezza il clero non sembra preparato alla comprensione della cultura moderna e dell'estetica contemporanea. Sconosce le istanze interiori, inquietanti talvolta, di maestri come Van Gogh, Rodin, Ensor, Dix, Carrà, Brancusi, Chagall, Giacometti, bisognosi di approdare ai piedi dell'Uomo dei dolori per confidare il dolore dell'universo e di quanti lo abitano, straziati nella carne che attende d'esser rigenerata.

Scriva di teologia Brancato, della creazione del cosmo e dell'uomo, di solitudine e speranza, di notte oscura e alba lucente, chiedendo aiuto agli artisti che vivono il tormento e l'estasi come Beato Angelico e Mantegna, Cranach, Raffaello e Goya, Matisse e Congdon, sicuro che *la forza dell'arte continua ad agire e far risorgere dalle sue mani il mondo, nel modo in cui i sensi lo percepiscono*. Un libro vivo, necessario soprattutto per docenti e studenti di teologia non perché summa di speculazioni, ma perché lievito di una ermeneutica che fa sua l'intelligenza laica, pregena di drammi e di trascendenza.

**Giovanni Bonanno**